

AUTORA GANADORA VIII PREMIO ROMÁNTICA KIWI RA

Irene  
Roma

Cuando  
el tiempo  
deja de  
existir





Irene

Roma

Cuando

el tiempo

deja de  
existir

EDICIONES KIWI, 2023  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, abril 2023  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-19147-46-2  
Depósito Legal: CS 245-2023  
© del texto, Irene Romo  
© de la cubierta, Borja Puig  
© de la foto de cubierta, shutterstock  
Corrección, Paola C. Álvarez

**Código THEMA: FR**

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

#### NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para todos los que arrastran miedos, inseguridades y capítulos tormentosos en sus libros de vida.  
Siempre llega alguien que nos ayuda a pasar la página.  
Casi siempre, nosotros mismos.



Way deep down she's a lost soul-searching.  
Small town girl, never know she's hurting.  
She just wants to be herself.<sup>1</sup>

**Caleb Hearn,**  
*Brown Eyes, Brown Hair*

---

1 En el fondo es un alma perdida buscando.  
Una chica de pueblo, no saben que está herida.  
Solo quiere ser ella misma



# Prólogo

*Noviembre de 2018.*

Si los recuerdos no existieran, si el tiempo se esfumara y dejara de existir, no sabríamos lo que es el dolor ni el vacío en nuestro interior, pero tampoco conoceríamos la felicidad o la plenitud del alma. Solo cuando el tiempo pasa y miramos atrás, nos damos cuenta de lo que tenemos ahora, lo que tuvimos y lo que nunca tendremos de nuevo.

Llueve fuera y las gotas de agua repiquetean en el cristal de la ventana. El aguacero que se cierne sobre Oviedo hoy es histórico, seguramente, mañana abran los informativos con las inundaciones causadas por las riadas. Sin embargo, no puede importarme menos el tiempo que haga fuera de casa, más allá del sofá en el que estoy sentado... o más allá del pedazo de papel que sostengo entre mis dedos.

Ya sabía que hoy sería un día triste y no solo por este temporal tan pasado por agua. En sí la jornada no ha sido la mejor de todas, el tráfico ha estado horrible y mi humor, en general, ha sido el mismo que el de un perro rabioso. Estaba deseando llegar a casa para relajarme, tomarme algo, cambiarme de ropa y pasar las últimas horas del día de la mejor manera que podía.

No esperaba que, al entrar por la puerta, lo único que me recibiría sería un silencio y una oscuridad tan asfixiantes que me dejarían derrotado. Ni encontrar esa nota doblada sobre la mesa del salón con mi nombre escrito encima.

Ya desde el principio no he recibido ningún tipo de respuesta cuando he llamado su nombre y he recorrido cada habitación de la casa en su busca, pero sin éxito. Con el pulso tan rápido que

podría considerarse taquicárdico y un centenar de pensamientos rebotando en mi cabeza. El armario vacío y mi cuerpo, inerte, cayendo sobre el sofá después de leer sus palabras, que nadie diría que ostento vida.

Ya no. Se ha acabado. En el peor momento. Cuando menos lo necesitaba.

Pero... ¿cuándo habría necesitado esto? Este vacío, esta presión en el pecho y el desgarró de un corazón retumbando en mis oídos. No, no era esto lo que necesitaba. No es lo que necesito ahora y, sin embargo, es lo que me ha tocado. Con lo que tengo que lidiar. ¿Cómo se lidia con tanto dolor?

Pestañeo con el fuerte golpe en el cristal y alzo la cabeza ligeramente. Sigue diluviando, pero ahora también el granizo choca con el alféizar con fuerza. ¿Eso qué significa? ¿Que todo siempre puede ir a peor? ¿Que da igual la fuerza con la que la lluvia caiga, con la que el granizo se precipite, porque en algún momento parará y la calma retornará? Estoy deseando que deje de llover en mi alma para comprobarlo.

Intento encontrar algo positivo, algún atisbo de esperanza que me dé fuerza para levantarme, encender alguna luz y reaccionar. Seguir adelante porque un corazón roto todavía puede cargarse, aunque esté hecho trizas y despedazado. La vida continúa, ¿verdad? Aunque no encuentre la energía para ello. Me siento desinflado y apagado. Inerte y desmadejado.

Lo único que me hace reaccionar es el tacto áspero del papel al deslizarse por mis dedos y caer al suelo. Tardo unos segundos de más, pero termino alargando la mano y rozando la hoja. La cojo de nuevo y la abro. No porque desee releer sus palabras, sé de sobra lo reales que son y no quiero escuchar su voz en mi cabeza de nuevo, leyendo cada letra.

Solo me fijo en su caligrafía, porque, tonto de mí, todavía espero encontrar algún rasgo que la diferencie de la suya. Es ilógico y utópico, lo sé, pero la mente humana funciona así, trata de buscar una vía de escape, algo que nos alivie cuando no logramos

entender un sentimiento, un hecho o una palabra. El problema es que no lo consigo, no lo encuentro.

Aprieto los dientes y arrugo el papel antes de llevarme el puño a los labios, apretando tanto para contener esa emoción tan horrible que me hago daño, pero no funciona. Los ojos se me nublan y las lágrimas no tardan en salir a borbotones. La respiración se me acelera y los hombros me tiemblan. Los lamentos que brotan de mi garganta son el único sonido que logra sepultar el diluvio que se cierne sobre mi ventana.

Hundo la cara en las manos y siento el roce molesto del papel humedeciéndose, pero me da igual. Necesito desahogarme de alguna forma y esta es la única que se me ocurre. Llorar es bueno, ¿verdad? Libera el alma y cura las heridas, como el alcohol sobre un arañazo. La diferencia es que el corte en mi corazón no es un simple arañazo, es como si estuviera partido en dos, irreparable.

La lluvia amaina y ya no cae tan violenta, supongo que el cielo se ha rendido al ver que mi llanto es más alto que el suyo. Qué poético... No creí que hiciera falta destrozarme de esta forma para sacar la parte más sensible de mí. Esa debe de ser la parte buena de todo esto.

La presión en mi pecho ya no es tan asfixiante y mis iris no están tan acuosos. Me seco las mejillas con el dorso de la mano y trato de recuperar la respiración. Sorbo un par de veces por la nariz y respiro hondo para sentir de nuevo los pulmones. No he soltado el pedazo de papel en ningún momento. Vuelvo a abrirlo y esta vez la tinta sobre la hoja se ve borrosa, las palabras apenas se entienden, pero yo sé lo que decían, sé cuál era su mensaje y su intención.

Las palabras pueden borrarse de un mísero papel, pero no de la mente de una persona que ha sufrido su fuerza y su daño. Esas palabras pueden desaparecer de esa hoja, esa hoja puede desaparecer de mi vista, acabar en la basura y terminar triturada por un camión de residuos. Pero lo que ese papel y sus letras contenían, lo que la persona que las escribió pretendía, no lo hará. Porque, por desgracia, el tiempo y los recuerdos existen y nos arrastran con ellos sin que podamos ponerles remedio.



# Capítulo 1

Antía

Octubre de 2021.

Nueva ciudad. Nuevo hospital. Nueva Antía.

Son las tres frases que no he dejado de repetirme desde que salí de casa. Bueno, más bien, desde que recibí la notificación en la que aceptaban mi solicitud de traslado. Necesitaba un cambio y empezar de cero y, aunque admito que estoy asustada por encontrarme en una ciudad en la que no había estado antes completamente sola, tengo la certeza de que esto es bueno para mí, de que volveré a sentirme yo misma.

Estos últimos años han sido demasiado intensos para lo que mi mente hubiera podido soportar, y necesitaba salir y reencontrarme con la que era antes de que todo empezara. Antes de que todo se nublara.

Oviedo es una ciudad muy bonita por lo que llevo visto, que, he de admitir, no es demasiado. Hace apenas una semana que me mudé a mi nuevo apartamento en pleno centro de la ciudad, por suerte, bastante cerca del Hospital Universitario Central de Asturias, donde mañana comienzo a trabajar. Apenas he tenido ocasión de acercarme a saludar un par de veces a mis futuros jefes y compañeros en estas dos semanas que llevo en la ciudad, pero tengo buenas sensaciones con este cambio.

Necesito tenerlas y ser positiva para salir adelante.

Es de noche y estoy tirada en la cama con un libro apoyado en la almohada y las piernas cruzadas. La luz de la mesita de noche me hace compañía mientras viajo al mundo que ha creado la autora, pero el pitido prolongado de un coche me saca de mis pensamientos. Es entonces cuando me doy cuenta de que el sol se ha ocultado por completo y ni siquiera queda una fina línea de él en el horizonte.

Me pongo una chaquetilla fina porque, a pesar de ser septiembre, en el norte de España nunca está de más llevar una manga sin importar la época del año que sea. Me acerco a la nevera abrazándome a mí misma y cojo el último yogur de macedonia que queda. Después, me dejo caer en el sofá y me lo como escuchando el tráfico de la calle de fondo.

No enciendo la televisión ni pongo música porque me gusta el silencio. A veces resulta atronador, es verdad, pero la mayor parte del tiempo es mi mejor compañero. Me permite escuchar mis pensamientos, ordenarlos y darles salida. No es que prefiera estar sola a la compañía de un amigo, pero creo que se valoran muy poco los momentos de soledad que tenemos. A mí me gusta estar sola en según qué ocasiones.

Hace mucho tiempo que no estoy sola o que no puedo tomar mis propias decisiones, por eso disfruto con algo tan simple como comerme un yogur en mi minúsculo apartamento, con la única compañía de una luz tenue.

Regreso a mi dormitorio, después de tomarme la pastilla que me ayuda a dormir, recojo el libro que había abandonado sobre la cama y lo dejo en la mesilla de noche antes de poner el despertador a la hora a la que he de levantarme para ir a trabajar y de deslizarme entre las sábanas.

Apago la luz y el único reflejo es el que entra por la ventana. Las farolas de la calle han sido mis compañeras de cama estos últimos meses por culpa de la ansiedad que me ataca cuando me encuentro completamente a oscuras en un lugar cerrado. Solo de

pensarlo siento un escalofrío recorriendo mi espalda y tengo que apoyar la espalda en el colchón, quedando bocarriba, para poder respirar con normalidad.

«Tranquila, Antía, todo irá bien —me repito para darme fuerzas a mí misma—. Nueva ciudad, nueva tú, ¿recuerdas?».

Asiento con la cabeza como si de alguien más se tratara y respiro hondo un par de veces hasta que siento mi cuerpo totalmente relajado sobre el colchón. Los brazos a ambos lados del tronco, sin ninguna presión sobre ellos, las piernas livianas bajo las sábanas y la cabeza dejada ligeramente hacia la derecha. Es el ritual de casi todas las noches.

Todavía tengo los ojos abiertos en dirección a la puerta cerrada de mi dormitorio. Tenerla así es la única forma de cerciorarme de que me entero si alguien intenta entrar aquí. Si la dejara abierta, no tendría margen para reaccionar y defenderme. Al final, gracias a esta rutina de relajación a la que tuve que acostumbrarme hace tiempo, siempre termina vencéndome el sueño y el peso de mis párpados. Puedo resistirme a cerrarlos todo lo que quiera, pero Morfeo acaba por llevarme con él, y yo se lo agradezco. Si fuera por mí, no conseguiría dormir nunca.



Me despierto con el sol, pero no pongo un pie fuera de la cama hasta que suena el despertador. Siempre me ocurre lo mismo; es la pega de dormir con la persiana subida. Sin embargo, no me importa. He llegado a un punto en el que mi cuerpo no necesita más de cinco o seis horas de sueño profundo para aguantar toda la tralla que recibe a lo largo del día, y hoy, por ser el primero en el hospital, tiene pinta de que va a ser bastante.

Desayuno un café y una tostada de mermelada de fresa y me meto a la ducha con la intención de terminar de espabilarme para enfrentarme a mi nueva rutina. Me visto con una malla que simula

el vaquero y una blusa de manga corta de color teja, y me calzo unas zapatillas blancas típicas de enfermeros y médicos. Meto mi bata blanca, con dibujos de perritos en los bolsillos que hay a la altura de la cadera y en el lado izquierdo del pecho, en mi bolso y cojo la chaqueta antes de salir de casa.

Estoy emocionada, no lo voy a negar. Tengo muchas ganas de empezar a conocer el hospital, los compañeros, sus alrededores, adaptarme a la rutina habitual y establecerme aquí. Encontrar mi lugar aquí.

Camino por la calle a paso ligero. Sé que no voy a llegar tarde, pero me gustaría disponer de un rato para hacerme a la consulta y saludar a algún compañero. Además de que, seguramente, tenga que comprobar que todo va bien a nivel informático y no hay ningún problema con mi contrato, aunque ya sé que de todo eso se encarga el hospital.

Aprieto el paso cuando estoy por cruzar un paso de peatones cuando el semáforo está parpadeando y se me para el corazón cuando escucho un frenazo tan cerca que hasta mis pies se paralizan.

Bum, bum. Bum, bum. Bum, bum. Bum, bum.

Vuelve a latir de forma apresurada al instante.

Sin embargo, mis pies siguen clavados en el asfalto a causa del casi infarto que sufro cuando he visto de reojo ese patinete eléctrico frenar en seco a menos de veinte centímetros de mí. Mis reflejos no me han ayudado a apartarme cuando he visto la amenaza, joder. El miedo ha aparecido tan de repente que no he podido reaccionar.

—¡Eh! ¿Estás bien?

El hombre rubio que iba sobre ese vehículo del infierno también ha tenido que trastabillar para no caer sobre mí. Tiene los pies a ambos lados del patinete y parece también bastante alterado. Es evidente la preocupación que hay en él cuando lo miro a sus ojos castaños. Parece joven, apenas tendrá unos pocos años más que yo, pero ese ceño fruncido por el agobio no le favorece nada.

El claxon de algunos coches me saca de mi parálisis imprevista y vuelvo a respirar, aunque todavía entrecortada por la impresión.

El ceño de mi casi atropellador se acentúa todavía más y lo escucho maldecir entre dientes.

—¡Ya, ya! Joder...

Coge el manillar de su patinete con una mano y con la otra me rodea con delicadeza sin llegar a tocarme y me conduce hacia la acera. Yo me dejo hacer porque todavía sigo en *shock*. Podría haberme quedado ahí y todo se habría terminado antes incluso de empezar.

—¿Estás bien? —vuelve a preguntarme una vez ambos estamos sobre la acera.

Me vuelvo hacia él y no sé si se trata de la preocupación reflejada en su cara o qué, pero encuentro las fuerzas para reaccionar de una vez.

—Estaba... en verde... ¡todavía! —consigo articular con el pulso y la respiración acelerados. Lo miro sin comprender de dónde demonios ha salido y por qué iba tan deprisa como para tener que frenar de golpe al verme—. Es un semáforo, ¿sabes acaso lo que significan las luces? Ah, no, espera, que para esos chismes no os dan carnet ni licencia ni nada de nada.

Ahora es él quien me mira con la boca abierta. Normal, cuando me da el venazo, tengo más carácter que un caballo mal espoleado. Al final, su ceño vuelve a fruncirse, pero esta vez de mosqueo, y se aparta de mí antes de contestar.

—Has sido tú la que ha salido de la nada, corriendo. Yo solo iba a ponerme delante de los coches, no iba a sobrepasar el paso.

—¿Y cómo se suponía que iba a saber yo eso?

—Para empezar, ¿sabes que las líneas son lo que marcan el límite del paso de cebra? Si cruzas por otro sitio, delante o detrás, ya no es un cruce. Donde tú estabas era donde debía estar un coche y, como no lo había, yo iba a ponerme allí para cuando se pusiera en verde para los vehículos.

—Seguías yendo demasiado rápido para ir entre coches. ¿Qué pensabas?, ¿frenar en el último momento? Qué mala suerte que hubiera alguien ahí a quien por poco te cargas.

—A ver, guapita...

—No.

—¿Perdona?

—Que no me llames guapita con ese tono condescendiente. —Será más alto e imponente que yo, pero esa superioridad se la puede ahorrar.

El tío resopla una vez y se pasa la mano por la cara antes de retomar la palabra.

—Mira, ¿por qué no lo dejamos en que solo ha sido un susto y tú sigues tu camino y yo el mío? Son las ocho de la mañana y no me apetece discutir con una desconocida las normas de seguridad vial.

Respiro hondo y me dejo tranquilizar por la espiración. Es verdad que no es el mejor día para pelearme con uno de estos locos de los patinetes eléctricos que ni cascos se molestan en ponerse. Es mi primer día de trabajo, es el día que más contenta tengo que estar porque empieza mi nueva vida de verdad. Este armatoste no va a estropeármelo.

—Vale, pero espero que te sirva de escarmiento para no ir por ahí atropellando a peatones a diestro y siniestro.

—Te recuerdo que la que estaba cruzando mal eras tú.

—Creía que no querías discutir con una desconocida sobre seguridad vial —contesto con sorna con las mismas palabras que él ha utilizado antes.

—Y así es.

—Genial —lo corto antes de que continúe—. Que tengas buen día, entonces, espero que no te lles a nadie más por delante.

No lo dejo contestar porque enseguida me coloco el bolso al hombro, aprovecho que el semáforo vuelve a estar en verde para los peatones y retomo la marcha hacia el hospital con paso ligero. Esta vez sí, por encima de las líneas dibujadas en el suelo.

# Capítulo 2

## Bras

Los lunes son días de mucho trabajo. El fin de semana suceden más incidencias en el hospital que el resto de la semana y eso que se supone que hay menos gente, ya que solo se quedan aquellos que tengan turnos de guardia u hospitalización. Los lunes son intensos, sí, pero, si la intensidad de un día —o de una semana incluso— estuviera definida por los sucesos que tienen lugar las primeras horas de la mañana, estaría claro que esta semana sería horrible.

Entro en el *hall* del Hospital Universitario Central de Asturias, donde llevo trabajando cerca de dos años, cuando un cambio de aires en el ámbito laboral me cayó del cielo como agua de mayo y pude despedirme de aquella empresa de soporte informático en la que me sentía atrapado, asfixiado y ninguneado. Los compañeros no eran para nada agradables, el sueldo apenas podía considerarse mediocre y los horarios resultaban casi esclavizantes.

Saludo a las chicas de información —siempre son muy agradables— y atravieso la puerta blanca que separa la zona de pacientes externos y la de empleados. Cojo el ascensor y enseguida aparezco en la segunda planta, donde se encuentra el departamento de informática.

Hacía tiempo que buscaba un cambio de trabajo, un lugar en el que me sintiera más valorado y en el que no estuviera tan en la cuerda floja. De modo que, cuando descubrí que estaban buscando

personal para el departamento de soporte informático del hospital, no tuve que pensármelo demasiado para enviar mi currículum. Un par de entrevistas individuales, otra en grupo y una prueba de trabajo en equipo después me seleccionaron.

—Buenos días —saludo con ánimo a mis compañeros y paso por delante de sus despachos para llegar al mío.

—Serán para ti, capullo. —Escucho decir a Gilem, quien entró conmigo en la misma convocatoria, algo que nos unió bastante. Me estoy acomodando en mi mesa cuando aparece por mi puerta y continúa quejándose con su acento vasco—. Si hubieras llegado antes, no me tendría que encargar de instruir a los de prácticas.

Se me escapa una carcajada. El año pasado apenas hacía un año que estábamos en la empresa y no tuvimos que encargarnos de enseñar a los chavales que vienen a aprender con becas de la universidad, pero este año no nos librábamos. A decir verdad, no me habría importado tener un par de manos más para echarme un cable —chiste de informático, perdón—, pero Gilem ha llegado antes hoy, así que le tocará ser quien los reciba, ubique y dé primeras instrucciones.

—Lo siento —me disculpo sin mucho sentimiento—, he tenido un contratiempo de camino al hospital y me he retrasado un poco, pero cuando quieras, me mandas a alguno de esos pobres incautos que no saben lo que los espera contigo para que vean que no todo aquí es refunfuñar.

—¿Lo dices tú, que casi todos los lunes vienes despotricando sobre el tráfico? ¿Qué te ha pasado hoy para que eso haya cambiado? —Me encojo de hombros y enciendo el PC—. ¿Tendrá que ver ese «contratiempo» que te ha cogido por el camino? —se burla de mí con su risa de fumador.

—Créeme, precisamente por eso, tendría que estar de peor humor.

—Tan malo no habrá sido.

—Casi atropello a una chica —suelto sin mirarlo porque sé que se va a descojonar en mi cara. Y así es.

—Con el monopatín, ¿no? —Asiento con la cabeza—. Te dije que tuvieras cuidado cuando te lo compraste. ¿La muchacha está bien?

—Cojonuda, no se ha cortado un pelo en gritarme en medio de la calle.

Su risa continúa y hasta se me contagia. La verdad es que, cuando la he visto aparecer de la nada, me he llevado un susto de muerte. Pensaba que la tiraba al suelo de verdad y que me la llevaba por delante. Por suerte, he podido frenar a tiempo, aunque el que casi acaba con la cara en el asfalto soy yo. Cuando me he fijado mejor en ella, la he visto tan bloqueada que me he preocupado, por eso la he sacado de la carretera. Lo que no esperaba era empezar a discutir con una desconocida en medio de la calle. Ha sido un comienzo de semana demasiado intenso.

Gilem y yo intercambiamos algunas impresiones más, comentarios sobre el fin de semana y alguna que otra incidencia que hay abierta desde el fin de semana hasta que nuestro jefe nos interrumpe.

—Bras, si Gilem va a instruir a los becarios, necesito que te encargues de las altas en el sistema de los estudiantes, tanto los nuestros como los de otros departamentos. Te paso los datos ahora, que no son pocos. También hay una pediatra nueva, haz esa la primera, por favor, tiene que empezar enseguida a pasar consulta.

—De acuerdo, me pongo a ello ahora mismo.

Me despido de Gilem, que sale por la puerta del departamento para buscar a los estudiantes de Informática que harán prácticas con nosotros, y empiezo a crear perfiles de usuario en cuanto tengo todos los datos. ¿Es monótono? Tal vez, pero eso es lo que me gusta. Lo rutinario, común, aburrido. Hace tiempo que lo busco y, ahora que lo he encontrado y me he adaptado a ello, no necesito más.

Empiezo por el perfil de la pediatra nueva. Creo el usuario, correo corporativo y contraseñas según su nombre y su apellido, y paso a buscar la fotografía que me ha enviado mi jefe para sacarle la acreditación.

Joder.

No me lo puedo creer.

Antía Garrido.

La pediatra nueva no es otra que la gritona del paso de cebra. Tiene que ser ella por cojones. Esa melena morena oscura y esos enormes ojos marrones, tan oscuros como su pelo, no pueden confundirse aunque yo la haya conocido en *shock* y, más tarde, enfadada. La sonrisa con la que aparece en la fotografía no me despista tanto como para dudar de su identidad; si acaso, me hace pensar que es todavía más guapa de lo que me había parecido en la calle.

«No me llames guapita».

Sonrío de medio lado al recordar sus palabras y esa voz de leoncilla con acento gallego que pretendía sonar intimidante. Parece que volveremos a cruzarnos por el hospital en algún momento. Genial. Solo espero que esta vez no nos dé por discutir en medio de los pasillos. Viendo el carácter que se gasta la gallega... no lo descarto del todo.



A pesar de que llega un momento en que necesito apartar la vista del ordenador porque empiezo a sentir un ligero escozor en los ojos, no es hasta que Gilem vuelve a aparecer por el departamento de soporte con sus tres nuevas sombras que me permito levantarme y estirar las piernas. Me asomo al pasillo y me quedo apoyado en el marco de la puerta, de brazos cruzados y con una sonrisa burlona. Se los ve tan novatos que me resultan enternecedores. Seguramente, nosotros también pareceríamos tan inexpertos en nuestro primer trabajo de prácticas; en mi caso, hace ya diez años que terminé la carrera y empecé a trabajar, en el de Gilem, no muchos más.

—Vosotros operaréis desde la sala de reuniones, que apenas la usamos. —Escucho a mi compañero instruirlos y guiarlos hasta

la sala que queda enfrente de mi despacho—. Ah, este es Bras, él también estará aquí para enseñaros y ayudaros. Podéis recurrir a cualquiera de nosotros en todo momento.

Qué simpático parece con los nuevos, estoy deseando que saque su mala leche y ver la cara que se les queda a los jóvenes. Les dedico una sonrisa amable y un cabeceo sin moverme del sitio, espero a que Gilem continúe con sus indicaciones.

—Lo primero que vais a hacer es montar vuestro propio equipo.

Joder, qué cabrón... No sé por qué me olía que el primer día no se lo iba a poner fácil, pero creí que solo eran imaginaciones mías y que no sería capaz de putearlos tanto.

—Pero ¿cómo lo hacemos? —se lanza a preguntar uno de los becarios después de intercambiar miradas de preocupación con sus dos compañeros.

—Habéis estudiado las partes físicas de un ordenador, ¿no? —intervengo porque veo que Gilem va a soltarles una bordería que los espante. Ellos asienten con la cabeza sin mucha seguridad—. Pues de momento basta con que lo montéis y hagáis que funcione. Después, yo os echaré una mano con los programas y demás. Venga, que no tengo demasiado trabajo ahora, os echaré una mano.

Los hombros de uno se relajan mientras otro suspira de alivio y la única muchacha del grupo me sonrío agradecida. Gilem se excusa con que tiene todavía un par de incidencias asignadas que necesitan cerrarse pronto y me quedo con los chavales. Algunos parecen un poco perdidos, pero enseguida cogen confianza al ver que avanzan y que yo los animo a seguir. A veces solo hace falta eso, un poco de aliento.

Después de un par de horas ayudándolos a construir el que será su equipo de trabajo durante los meses que pasen aquí, les doy los *drivers* con los programas corporativos y les muestro cómo instalarlos en uno de los ordenadores, el orden que deben seguir y qué hacer a continuación.

—Voy a la sala de impresión a por unas acreditaciones y vuelvo enseguida, ¿de acuerdo? Mientras, id instalándolo todo en los otros ordenadores. Venga, chavales, que casi lo tenéis.

Salgo de la sala de reuniones cuando los veo sentarse con seguridad frente al espacio que han dispuesto como suyo para trabajar y me detengo un segundo frente a la puerta de Gilem.

—Son chicos listos, solo necesitan un poco más de confianza.

—¿No se han cargado nada todavía?

Sonrío y se me escapa una carcajada.

—Puede que el que necesite confiar un poco más en ellos seas tú.

—Bah...

Me marcho a la sala de impresión con paso ligero y recojo las acreditaciones de las nuevas incorporaciones del hospital. Me aseguro de que están todas y me quedo mirando la de la nueva pedia- tra. Después de nuestro desencuentro en la calle, cualquiera pensaría que esa mujer es capaz de sonreír, aunque, a decir verdad, es evidente que la sonrisa de esa foto no llega a sus ojos y que es una mera formalidad para no aparecer tan seria en la imagen.

Me pregunto por qué parece que sus ojos escondan tanta tristeza.

En nuestro desencuentro, apenas he podido apreciar nada más que el enfado que se empeñaba en descargar sobre mí, pero antes, cuando hemos estado a punto de chocar y se ha quedado paralizada en medio de la carretera, parecía que estuviera reviviendo algo y solo ha regresado al presente cuando la he llevado de vuelta a la acera. Entonces ha empezado a gritarme.

Qué curioso es el ser humano. Qué afán de indagar siente nuestra mente cuando algo escapa a nuestro entendimiento. No sé por qué, pero me intriga el porqué de su mirada nostálgica y apagada y no se me va de la cabeza ni siquiera cuando cruzo las puertas del departamento de nuevo, de regreso con los chavales de prácticas.

# Capítulo 3

## Antia

Llego a la recepción del hospital con tanta rapidez que tengo que pararme en medio del *hall* para recuperar el aliento. No porque esté cansada o porque la caminata haya sido muy intensa, sino porque todavía siento en mi cuerpo esa mezcla de susto por el casi accidente y enfado por la discusión con el loco ese del patinete. Odio esos cacharros, deberían tener una regulación como cualquier otro vehículo y no ir por libre sin más, capaces de atropellar y matar a una persona.

Trago saliva y me obligo a enderezar la espalda. Respiro hondo un par de veces con la mano en el pecho para asegurarme de que mi pulso se estabiliza. Por suerte, no tengo tiempo de darle demasiadas vueltas al incidente porque enseguida aparece Ángela, la jefa de pediatría y quien me espera para guiarme en mi primer día, por la puerta blanca del final del pasillo, la que separa la zona restringida para personal del hospital.

—¡Buenos días! —Se acerca a mí canturreando y sonriendo con simpatía.

—Hola —la saludo, intentando aparentar normalidad.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, es que... he tenido un pequeño contratiempo. Un idiota casi me atropella con un monopatín eléctrico.

—Es que esos chismes los carga el diablo.

Sonrí por lo antiguo de la expresión y lo poco que le pega con lo joven que es. Apenas tendrá unos cinco o seis años más que yo, rondará los treinta y cinco, pero parece mucho más joven con su coleta rubia de flequillo despuntado, sus ojos azulados y su sonrisa de anuncio de dentífrico. No me extraña que todos los niños la quieran tanto; los días que me pasé para familiarizarme con el hospital, descubrí que es muy querida por todo el personal.

—Me gusta tu bata —dice cambiando de tema y señalando la tela que sobresale de mi bolso. Con la carrera se me habrá revuelto todo ahí dentro.

—Gracias.

—Vamos al pasillo de pediatría y te enseño tu despacho. —Empieza a caminar y yo la sigo con mi renovada ilusión—. Sé que ya te conoces todo esto, pero es tu primer día y quiero asegurarme de que lo tienes lo más fácil posible.

Sonrí en agradecimiento y me siento más tranquila. No estaba especialmente nerviosa por mi primer día, pero sí es cierto que a veces no notamos la presión hasta que no la tenemos encima. Así que le agradezco tener su apoyo y ayuda en lo que pueda necesitarla.

Nos adentramos en el pasillo de pediatría, que ya a primera hora de la mañana está hasta arriba de pequeños pacientes esperando a ser llamados para consulta mientras juegan con los ladrillos de madera y silicona de colores que hay en la zona de juegos, para que la espera se les haga más amena. Ángela saluda a un par de mamás, que le sonríen con sinceridad, y continuamos nuestro camino. Espero tener una relación tan agradable con los padres como ella.

—Este es. —Nos detenemos frente a una puerta cerrada de la que Ángela tiene llave y nos adentramos una vez abierta—. Y esta es tu llave. —Cojo el pequeño llavero que me tiende y lo guardo en mi bolso, a buen recaudo—. No es el más grande, pero creo que te las apañarás.

—Es ideal, gracias.

Dejo la chaqueta y el bolso en el perchero junto a la puerta y saco mi bata para ponérmela y estar lista cuanto antes.

—No me lo puedo creer...

Me vuelvo hacia Ángela y la veo con las manos sobre las caderas, de cara a mi nuevo escritorio y con el ceño y los labios fruncidos.

—¿Qué ocurre?

—Pedí que te tuvieran un ordenador y un teléfono preparados para hoy porque empezabas a pasar consulta a primera hora, y no hay nada. Por no haber, no hay ni un móvil. —Chasquea la lengua y no puedo evitar mirarla divertida. Ángela es la jefa, sí, pero me resulta tan adorable que no puedo imaginarla enfadada más allá de un mohín—. Voy a llamar a informática, a ver qué ha pasado.

Me coloco el cuello de la bata y examino la habitación y todo el material del que dispongo para las consultas con los peques mientras ella da vueltas por la sala con su teléfono móvil pegado a la oreja. Sonríe al pensar que dentro de poco voy a poder ejercer de nuevo y no habrá nadie vigilando mis movimientos o cuestionándome constantemente. Voy a poder llevar a cabo mi pasión con total libertad. Estoy deseando empezar.

—No me lo cogen. ¿Dónde se habrán metido esos idiotas?

Me vuelvo hacia ella con los ojos abiertos y un atisbo de sonrisa en la boca.

—No te pega nada decir palabrotas.

—Lo siento —se disculpa, apartándose el flequillo de los ojos—, es que me enerva que me toreen.

—No te preocupes, puedo apañármelas con papel y boli de momento hasta que esté listo —la tranquilizo—. Solo necesito la lista de los pacientes.

—Te la saco enseguida desde mi despacho. Vuelvo en cinco minutos.

Asiento con la cabeza y ella sale del despacho como una exhalación. Sigo paseándome por el despacho y observándolo todo, asegurándome de tener todos los utensilios que voy a necesitar.

Aunque no disponga de un ordenador por el momento, puedo apañármelas si los materiales los tengo a mano. Al fin y al cabo, lo único más aparatoso será pasar todos los datos y notas que tome durante las consultas de hoy a los informes y expedientes digitales cuando termine la jornada.

Ángela regresa pronto y me tiende un par de folios con los nombres de los peques que he de ver hoy y algunas notas sobre lo que vienen a tratar.

—Gracias.

—Sobre las once o así me paso por aquí, que tienes un hueco libre, y nos acercamos a informática a ver qué ha pasado y dónde está tu ordenador, ¿vale? Y tu acreditación. Madre mía, qué desastres son...

Me río por lo dramática que resulta ser cuando algo se sale de sus esquemas. La tranquilizo repitiendo que me las apañaré bien por el momento y la insto a continuar con sus consultas, ya la avisaré si necesito cualquier cosa. Aun así, quedamos a media mañana para tomar un café, que me presente al resto del equipo y acudamos al departamento de informática para buscar mi ordenador, y entonces se marcha un poco menos atacada.

Saco mi botella de agua del bolso y la dejo sobre la mesa, en una esquina. Me coloco la bata una vez más y respiro hondo un par de veces antes de coger la lista de pacientes, abrir la puerta y sonreír no solo para que los más pequeños se sientan tranquilos, sino por la ilusión que me hace sentir que mi vida sigue avanzando.



—Ellos son Laura, Marina, Nacho y Olga. —Sigo con la mirada el dedo de Ángela cuando me presenta al resto de pediatras del hospital mientras tomamos un café en la cafetería de la planta baja—. Chicos, ella es Antía, la han trasladado desde Pontevedra y va a estar en la consulta cuatro.

—Encantada.

Todos me sonrían y preguntan cómo ha ido mi primer día. Aparte de algún que otro llanto por el cambio de médica que he podido solucionar con palabras dulces y un par de chuches, todo ha ido rodado. Siempre se me dieron bien los niños, fue una de las razones por las que escogí esta especialidad. Son los más agradecidos y te transmiten una felicidad que no recibes en otras ramas de la medicina.

—¿Es muy distinto este hospital del que estabas antes? —me pregunta Nacho.

—Un poco, allí no tenía un despacho propio, lo compartía con otro pediatra. El hospital era más pequeño, así que había menos espacio, pero la cantidad de pacientes era la misma y uno solo no podía ocuparse de tantas consultas. Por lo demás, todo genial. Los peques son adorables y se portan muy bien en general. Apenas he tenido que tomar notas que pasar después a los expedientes.

—¿Has tomado notas a mano? —Me mira extrañada Marina.

—Lo habría hecho directamente en el expediente, pero no tengo ordenador.

—Los de informática liándola, para variar —interviene Ángela con amargura antes de darle un trago a su café.

—Eso seguro que es culpa de Gilem —comenta Nacho en mi dirección—. Es uno de los informáticos y es un caos de hombre.

—Bueno, cuidado, que Bras no se queda atrás.

—Ay, Bras... —dice Laura con voz soñadora—. Está como un queso.

—Tienes el gusto en los pies —se burla Marina.

—Pero ¿tú has visto el hoyuelo que le sale cuando sonrío? Ha tenido que ser más pillo de pequeño...

—Y de mayor, tiene toda la pinta.

Me quedo callada mientras los escucho hablar del personal del hospital. Pasan de los informáticos a otros departamentos en los que parece que también hay alguien que les llama la atención

mientras yo prefiero escuchar en silencio y no opinar sobre personas que no conozco.

—Básicamente, en esto se resumen las conversaciones de los pediatras de este hospital —me susurra Ángela, y me arranca una sonrisa.

La verdad es que son bastante divertidos y dicharacheros. Creo que podría integrarme bien con este grupo y entablar alguna que otra amistad si me esfuerzo y doy todo de mí. «Nueva ciudad, nueva Antía». Eso es.

—Bueno, chicos —Ángela se pone de pie y todos la miramos—, Antía y yo tenemos que ir en busca del ordenador perdido y vosotros deberíais volver a las consultas.

Ángela es un sol de persona, pero cuando tiene que ponerse en modo jefa, nada la detiene. Los demás recogen sus vasos de café y los dejan en la barra antes de despedirse de nosotras y dirigirse al pasillo de consultas pediátricas mientras nosotras esperamos al ascensor que nos lleve a la planta en la que se encuentra el departamento de informática.

—No te dejes intimidar por estos dos —dice Ángela rompiendo el silencio. La miro sin saber a quién se refiere—. Gilem y Bras. El primero no es más borde porque es físicamente imposible y el segundo es un vendehumos. Gilem nos dirá que tiene mucho trabajo y no puede estar pendiente de todo, mientras que Bras intentará convencernos de que lo tendrá listo enseguida, pero sabe bien que no será así.

—Entonces, ¿tengo que mostrarme firme con ellos?

—Eso desde luego —contesta con una sonrisa que me hace reír mientras ambas entramos en el ascensor y las puertas de metal se cierran detrás de nosotras.

Una vez se abren en la segunda planta, ando un paso por detrás de Ángela, que es quien conoce el camino, y enseguida atravesamos otra puerta blanca que nos guía hasta el departamento de informática.

—Hola, Luis —saluda Ángela a quien creo que es el jefe del departamento.

El hombre de pelo canoso que rondará los cincuenta levanta la cabeza de su escritorio y nos mira con incomprensión.

—Hola, Ángela, ¿qué te trae por aquí?

—¿Recuerdas que te pedí un equipo completo para mi nueva pediatra?

—Sí, claro.

—Pues creo que tus chicos no.

—Joder —masculla tras un chasquido y se levanta de su mesa, mosqueado—. Dame un minuto. —Sale del despacho, pero todavía podemos escuchar su voz mientras pasea por el pasillo del departamento—. ¡Gilem! ¿Qué pasa con el equipo de pediatría? ¿Y dónde está Bras?

—El equipo todavía lo estoy preparando y no tengo ni idea de adónde ha ido Bras.

—Dijo que iría a por unas acreditaciones a la sala de impresión —dice otra voz desde la sala de enfrente, cohibida, y cuando me fijo, veo a una chiquilla que rondará los veinte años asomarse por la puerta—. No iba a tardar.

Es en ese momento que la puerta blanca que nosotras hemos atravesado hace unos minutos vuelve a abrirse.

